

**GLOSA DE LOS "ARMADOS" . SEMANA SANTA. ORIHUELA 1997**

Cuentan de Alejandro El Magno que, en plena correría bélica para conquistar el mundo conocido, hasta sus más lejanos confines, salió a su paso un mendigo, temerosamente extendida la mano, en petición de limosna. El señor del mundo mandó inmediatamente hacer gobernador de diez ciudades al pordiosero. Balbuceó éste disculpas al sentirse abrumado por la liberalidad de que era objeto. Expuso sus excusas y su indignidad para el cargo. Respondió Alejandro: Tú pides como quien eres, yo te doy como quien soy.

Hoy me veo ante vosotros como el pordiosero de la anécdota clásica, balbuceando disculpas por haber sido elevado a la dignidad de ser vuestro Glosador en esta Semana Santa de 1997, en los albores del tercer milenio de la era cristiana.

Pedí vestirme con la fortaleza de vuestras armaduras, y vuestro presidente, D. Ramón Saez me respondió con la magnanimidad que es tradición proverbial y señera de las gentes de Orihuela. Quiero manifestaros primero mi agradecimiento.

No tengo más prendas para dirigirme a vosotros que mi amor a Orihuela, y a los "Armados". Por sus calles me pierdo de vez en cuando como un amante oculto, embriagado de su paz y su belleza, escuchando las voces de la historia y el futuro, mil lenguas que hablan de afanes, sueños, luchas, conquistas, victorias y derrotas (de todo hay en la vida del hombre y de las sociedades), ansias de cultura y de ciencia, lo humano y lo divino, la aventura de vivir. Hoy quiero hacer público mi amor a la Orihuela de ayer, hoy y mañana. A la Orihuela, ciudad abierta, que ha tenido amores tan intensos y exquisitos como los de Gabriel Miró, Miguel Hernández y Ramón Sijé.

Recuerdo de mi infancia castellana -no os enfadaréis si en mis paseos oriolanos mi fantasía me lleva hasta la Segovia de mi juventud- , en aquellas procesiones impresionantes de austeridad y temor reverencial a lo sacro, algún romano suelto y desangelado, estafalariamente vestido como un sayón, a cuyo paso me encendía de inocente ira. ¿Cómo se atrevía aquel romano a mantenerse en la escena para volver a someter a tortura a Jesús, el Hijo de Dios, muerto de amor por nosotros? ¡Qué impostura aquella presencia tenebrosa e inquietante!

Mi impresión fue indeleble cuando en la Semana Santa oriolana admiré el esplendor luminoso de vuestra Centuria Romana. ¡Cómo no ensimismarse ante el refulgir de armaduras y resonar de fanfarrias en ese pasco triunfal de los “Armados”! ¡Cómo no sentir el deseo irreprimible de unirse a la esplendorosa comitiva! Esta Centuria Romana no se asemejaba nada al recuerdo juvenil. Si aquel romano, despistado y mal vestido, era la presencia lacerante del mal, esta marcialidad lujuriosa, barroca y modernista, difundía a su paso una atmósfera de bondad triunfante.

“Los Armados no vamos a hacer sufrir al Señor, sino que lo escoltamos para que nadie le pegue ni le haga daño”, me explicó con naturalidad, y profundidad teológica, D. Ramón Saez.

Cuando era catequizado el rey godo Clodoveo, le describían las escenas de la Pasión del Doliente. Pasaban ante sus ojos las santas mujeres limpiando amorosas el sudor divino en la terrible ascensión al Golgota, las insidias de los miembros del Sanedrín, las inquietudes del mal y el buen ladrón hacia el suplicio, la Virgen transida de dolor de madre, el centurión compasivo de la tradición cristiana, la chusma vociferante y los curiosos del drama. Invitó el clérigo al rey a meterse en la escena como ejercicio piadoso, y tomar partido personal en ese momento estelar de la Redención humana. ¿Qué

hubieras hecho tú, Clodoveo? El rey de la Galia no se sintió identificado con ninguno de los personajes evangélicos. Yo -dijo el apasionado Clodoveo- hubiera ido con mis soldados y hubiera impedido la Crucifixión de Jesús.

Lo mismo hubiéramos hecho nosotros, queridos "Armados", si Nuestro Señor no nos hubiera dicho expresamente que su reino no es de este mundo, y que su Pasión era libremente aceptada por Amor. En otro caso, con Clodoveo, hubiéramos sido la guardia pretoriana del Rey de Reyes. Nos queda así, escoltarle para que nadie le pegue ni le haga daño.

La tradición cristiana identifica la vida con la lucha, la milicia, la ascética. "Militia est vita homine super terram", milicia es la vida del hombre sobre la tierra, proclama ya el libro de Job. Y a esa idea está dedicado el sacramento de la fortaleza cristiana, el de la Confirmación, que nos hace "milites Christi", soldados de Cristo. ¿Cómo no sentir un temor reverencial en esta vela para revestirse con las prendas litúrgicas de los "Armados", doblemente confirmados, doblemente "milites Christi"?

Porque ni el cristianismo, ni el sentido humanitario de la vida nos hacen débiles ni pusilánimes, sino fuertes y decididos ante los riesgos y las contrariedades. La compasión no es el sentimiento de nuestra debilidad, sino el fruto sabroso de nuestra voluntad firme. Si no queremos que se haga daño o se pegue al Señor, tampoco que se haga daño o se pegue a ninguno de sus pequeñuelos, de nuestros hermanos los hombres. Asumimos y vivimos el principio humanitario de considerar al hombre -a todo hombre- como un fin y no como un medio, como un sujeto y no como un objeto. Y proclamamos con el orgullo de nuestro paso firme ese compromiso solidario. Soldados de la paz y la concordia, hombres leales, prontos a la amistad y al compromiso, fieles a la palabra dada. Esa es la estela humanitaria, la atmósfera de bien que percibí -otra vez niño por un instante- hace

unos años cuando los "Armados" hicieron resonar su paso marcial por las calles nobles de Orihuela, inundando de fulgores mi mirada.

Esa es la estela liberadora y magnificente, que hoy glosó, como el pordiosero de la parábola alejandrina, por vuestra generosidad hospitalaria.

Tradición he dicho. Carmelo Illescas la ha buceado y saboreado desde antes de 1784, en que la Archicofradía de Nuestra Señora del Pilar autorizó una escolta de soldados romanos para acompañar a su paso del Prendimiento de Jesús en el Huerto de Getsemaní.

Necesitamos la tradición como ese medio ambiente que nos hace el mundo conocido y la cotidianidad amable. Como esos mojones que señalan el camino y evitan nuestro desconcierto. Tradición que se lleva en la sangre, se hereda y se transmite. Se nace, se vive y se muere "Armado". Se forma parte de una historia, se escribe un presente y se conquista un futuro. Nazco hoy como "Armado" y me acojo a vuestra solícita fraternidad. Pido también vuestra escolta humanitaria para que nada ni nadie me haga daño. Y "Armado" he de vivir desde ahora y morir "Armado".

Pero tradición renovada, enriquecida, vivida desde lo profundo, desde lo esencial. Porque la tradición cuando se encierra en sí misma se anquilosa, apresa al hombre en rituales vaciados de contenido, lo incomunica de su entorno. Tradición asumida desde la convicción, desde la crítica, desde la racionalidad y la libertad, para transmitirla amorosamente vivificada.

Pertenecéis -perteneceemos, me atrevo a decir- a la mejor tradición del devenir humano, a la tradición humanitaria. Y desde esa tradición atisbamos el futuro sin miedos ni inseguridades, con autoestima, sin nostalgias esterilizantes de viejas glorias, sin lastres de

angustia ni crisis de identidad. Siempre dispuestos a eliminar o reducir lo máximo posible el dolor humano, a combatir los viejos y nuevos retos deshumanizadores como la xenofobia y el racismo. Prestos a acudir a donde se nos necesite: la primera línea del combate de la paz, el progreso y la cultura, que erradican el sufrimiento y la pobreza. Soldados de la paz. Una ONG precursora con más de cien años de historia a sus espaldas.

Me permitiréis que, ilicitano de adopción, extienda mi mirada por un momento a este nuevo reto que nos hermana y nos abre nuevas vías de conocimiento mutuo y de incursión en nuevas disciplinas. Me refiero a la Universidad "Miguel Hernández", oriolana e ilicitana, con nombre de oriolano ilustre y sensible, pastor de estrellas, perito en lunas.

Me traslado por un momento con mi imaginación al impresionante Colegio Santo Domingo, que rezuma vuestro amor a la sabiduría y vuestro afán de cultura, en los que habéis sido pioneros a lo largo de los siglos. Una nueva página ilusionante se abre llena de posibilidades para vosotros y para vuestros hijos.

Es una oportunidad histórica para todos los ciudadanos del Sur de la provincia de Alicante -Orihuela en primera línea-, una autopista para entrar en el siglo XXI, Universidad a la que vuestro patrimonio histórico, sin par~~a~~ en la provincia, ha de dotar de señorío y patina de siglos. Universidad que permitirá una oferta más amplia de formación de primer nivel y una investigación competitiva. Ha tocado a los oriolano de esta generación reverdecer un pasado de gloria universitaria. Es un orgullo.

"Armados", proteger a nuestra ya muy querida Universidad "Miguel Hernández" para que nadie la haga daño, y apoyarla para que dé los frutos de excelencia que todos esperamos.

Nadie mejor que vosotros, ciudadanos de esta ciudad que rebosa cultura por todos sus costados, por sus plazas y calles, por sus iglesias y palacios, para cumplir esa misión con alegría, sin prestar mayor atención que la de la buena educación a los agoreros y a los estéticamente insatisfechos.

Nadie mejor que Orihuela, ciudad abierta, encrucijada del Arco Mediterráneo, para participar con entusiasmo y dinamismo, en ese proyecto que ha empezado a dar sus primeros pasos. Proyecto plural en esta autonomía plural que es la Comunidad Valenciana, a cuya vertebración todos estamos en disposición de contribuir "para ofrecer -como proclama nuestro himno regional- nuevas glorias a España".

Bajo la advocación laica de Miguel Hernández, en lo que él tuvo de víctima, de doliente humanidad, nos acogemos en esta nueva aventura universitaria.

Escribiendo "a todos los oriolanos", sediento de cultura, para "publicar un bello libro". Poeta de Orihuela, que volverá, irrefrenable la nostalgia, indeclinable su innata relación con esta Vega: "Alto soy de mirar a las palmeras,/ rudo de convivir con las montañas..." Poesía preñada de huertos, palmeras, limoneros, almendros, aves que cantan entre los naranjos y río "con una paz de aceite derramado"...Poesía preñada de Orihuela. "Hay pimentón tendido en la ladera,/ hay pan dentro del horno,/ y el olor llena el ámbito, rebasa/los límites del marco de las puertas/ penetra en toda la casa/ y panifica el aire de las huertas". ~~De forma,~~ Partida en dos su sensibilidad de amigo, en la muerte de Ramón Sijé. exclamará transido de dolor, "Yo quiero ser llorando el hortelano". Elegía que culmina con esta estrofa, que sirve de oración en este pórtico de la Pasión de Jesús de Nazaret: "A las aladas almas de las rosas/ del <sup>almendro</sup> ~~almendro~~ de nata te requiero, /que tenemos que hablar de muchas cosas, /compañero del alma, compañero".

En Orihuela, el que no es poeta, no es oriolano. Apelando a vuestra clemencia,  
aquí va mi poesía.

La noche cae hecha señales de resurrección y vida.  
Hay una promesa cumplida que estalla en alabanzas.  
Las calles se llenan de notas marciales y algarabía.  
La guardia vela sueños, ilusiones y esperanzas.

La guardia vela.  
!Alerta, centinela!  
Si alguien tiembla,  
si alguien duda...  
Por Orihuela  
-si alguien sufre  
con su amargura-  
pasos saludan  
con voz segura,  
clareante la mañana.  
La soledad despeja.  
La Centuria Romana  
trae en su enseña  
el sol más cierto,  
la luz más pura.  
!Alerta, centinela!  
Por Orihuela.

Dios guarde a sus "Armados"  
Dios guarde a Orihuela  
Muchas gracias

Enrique de Diego Villagrán